

## El ovejo

*A León que murió antes de yo poder comprenderlo.*

“El señor... castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación”.

*Éxodo 34 6-7*

*Solo cambios de posición, pero nunca una salida: todos sus esfuerzos por desplazarse lo traían de vuelta al mismo punto. Ahora su cuerpo no lo soportaba más. Creyó saber lo que existía a su alrededor, haber visto el exterior mientras el alcohol lo elevaba por sobre las flores violetas del gualanday que siempre le dio sombra a sus tragos. Cansado de caminar en círculos dentro de aquel pozo, recordó que la última vez cambió de posición para una aún más insoportable, parecía que ya no podía girar de nuevo, y devolverse era peor, tal vez tres o cuatro posiciones atrás cuando todavía no sabía que solo giraba, cuando aún creía haber atisbado el exterior. Esperaba con ansias el giro final. Y si era verdad que todo no concluye con la muerte y si el hacerlo solo lo profundizaría más en el infierno. El color violeta de las flores, también es el de la muerte y la penitencia, como le enseñó el cura del internado... Y si todos estaban en un pozo como él y si el exterior ni siquiera existía.*

El olor de la casa, a tufo de alcohólico, salía por la boca y los poros de El Ovejo. Así le decían, aunque se llamara León. Parecía ambas cosas: León, por su pelo rubio y abundante, casi siempre peinado hacia atrás y sostenido así, por el cebo natural debido a la falta de baño; Ovejo, por su actitud, que evitaba un mayor re-

chazo de su padre y, sobretodo, que lo echara a la calle, como había hecho con sus dos hermanos, Jorge y Felipe, Los viciosos.

Su cuarto, detrás de la cocina, el último del primer piso, transpiraba junto con él, mezclando sus vapores con los de la comida, aunque no del todo gracias a una ventana pequeña que se abría al patio de arriba. La puerta se escondía detrás de la lavadora y debajo de las escalas dirigidas a la única habitación del segundo piso, la de sus dos sobrinas, después de que su hermana Nora envidó y volvió a la casa.

*León murió de cincuenta y un años; su hermana Carmen, de Cuarenta; Jorge, de cuarenta y siete; Clara, la mayor, de cincuenta, Nora y Felipe siguen vivos. Calculando por los muertos, tenían la esperanza de vida de un país en guerra. A veces imaginaba un juicio... un juicio para su padre que los sobrevivió a todos: cadena perpetua para aquella vida más larga que la suya y también para su madre que vivió aun más, casi noventa: cadena perpetua también para ella... “Por sus frutos los conoceréis” le gustaba decir para sí y a la vez sentía miedo al pensarlo... “Honrar padre y madre” es el mandato... “Cadena perpetua para ellos, cadena perpetua como la mía”.*

El Ovejo iba alrededor de las cinco de la mañana con Tulio para la Placita de Flórez a tasajear los cuartos de los novillos para la venta. Después de almorzar con su papá, seguía trabajando o comenzaba a beber.

Borracho, volvía más temprano a la casa, la camisa con uno o dos botones desabrochados, las manos en las paredes para no irse a caer él también como el pelo que ya traía sobre la cara, los ojos rojos y algo encorvado. Era muy discreto, pero a veces se sentaba en el corredor a insultar al que pasara.



Ilustración de la autora. Dibujo sobre papel, 1999.

Sus injurias, dirigidas o no a alguien en particular, parecían lanzadas al vacío por la falta de emoción en la cara y la voz, aunque los movimientos de su cabeza indicaran, cuando era el caso, a quién se refería. Para las sobrinas era uno de sus juegos preferidos hasta que les ordenaban dejarlo tranquilo. Si llegaba Tulio, El Ovejo se dirigía inmediatamente a su habitación, encorvándose aún más al hacerlo.

En vano pretendía aumentar el efecto de sus insultos agregando los prefijos doble y triple. Laura, en la

universidad lo recordaba, jugando en su mente con otras palabras que hubieran podido servirle porque lo apropiado era de otro orden: Deca, Miria, Giga, sucesiones geométricas más poderosas que las dobles y triples de su tío.

*Tantas veces pensó en lo mismo mientras por el corredor iba para su habitación tras pasar las risas de sus sobrinas que a veces le ponían pelucas y lo maquillaban, tantas veces pensó decirlo en voz alta a su madre, sentada en una silla, en el mismo corredor que para él era un infierno, en decirle o mejor en preguntarle “¿Para qué me tuviste... para qué?”*

Cuando las sobrinas lo conocieron eran muy pequeñas para juzgarlo y lo suficiente para mirarlo con curiosidad. Con el tiempo comenzaron a reírse de él. Lo hicieron en especial una tarde que llegó mal afeitado, lleno de cortaditas en la cara; por eso, quizás, se dejaba la barba y el bigote como parte de su melena de león mal domado. También se reían de sus garras; de “la uña del carnicero”, la del pulgar izquierdo larga, para sujetar la carne con más seguridad. Usaba los pantalones que Margot acoplaba a su delgadez y una toalla para secarse el sudor por debajo de la camisa entreabierta.

Luego vinieron unas cortadas que en vez de risa les provocaron miedo, aunque nunca las vieron; sus pantalones y sus zapatos sin medias, un poco grandes, rezumaban sangre alcoholizada: se cayó subiendo las escalas de la casa y al hacerlo quebró la botella de Alelí que traía escondida en el bolsillo. Nora y Margot

salieron con él para el hospital luego de ordenarles que lavaran unas de las pocas huellas que León aspiraría dejar en la vida de alguien y que del suelo pasaron a ensangrentar la memoria de sus sobrinas.

Al amanecer regresaron a la casa. Por la tarde subió a la poceta del patio a lavar los zapatos y el pantalón. Aunque no le gustaba recordar, restregando la sangre seca de las suelas, no pudo evitarlo, vinieron a su mente las imágenes del día de los zapatos, la foto de su madre, la cara de su hermano.

Un domingo temprano, Tulioloco, que toreaba novillos en la Feria de Ganado y que teniendo una carnicería prefería llevar gordos para su casa, dio a Margot dinero “para que le compre un par de zapatos a los muchachos”, lo que resultó cierto, porque difícilmente alcanzó para un par y la envió con León y Jorge. Por llevarse varios años, los zapatos eran imposibles de compartir. Asumieron que serían para el primero en encontrarlos.

Tulio crió a sus hijos varones compitiendo entre ellos como lo hizo él de niño con sus hermanos que cada año aumentaban en número, diluyendo la atención de su madre hasta convertirla en lo contrario. Ahora como padre hacía rivalizar a sus hijos por un par de zapatos, un pedazo de carne o cualquier otra cosa que pudiera interesarles.

*Los sucesores de Herodes, los que no podrían ser mejores que él porque para eso estaba, para devorarlos en frente de los ojos mudos de una madre que nunca existió más allá de un cuerpo cuyo poder era su mayor debilidad: la posibilidad de engendrar hijos.*

Bajaron por Ayacucho hasta Calzado Táchira, en la plazuela de San Ignacio. La señorita que los atendió se le pareció a su madre en la foto cuando joven: la cabeza erguida sobre los hombros relajados pero siempre hacia atrás, reflejaba la soltura de una infancia corriendo por los campos y el orgullo de saberse bella. Ahora cualquiera era más altivo que ella; Tulio la había rejoneado lo suficiente para que la corrida pudiera continuar.



Ilustración de la autora. Dibujo sobre papel, 1999.

Margot que solo quería volver a su casa a esconderse en la olla más pequeña, pero con la tapa más pesada, tomó los zapatos que tuvo a la mano y preguntó por ellos, mientras palmeaba detrás de su falda como espantando a una mosca que resultó ser la insistencia de Jorge en algo para lo que no hubo tiempo.

— Están rebajados pero solo me

queda ese par —confirmó la vendedora.

— Mídaselos, mijo —Ordenó Margot a León.

Jorge comenzaba a sentir a todos en su contra, cuando vio que la mujer además de los zapatos, le dio a León una palmadita en la espalda, aunque, al menos, como temió, no le acarició los “ricitos de oro”, así le decía una vecina a su cabello, algo que Jorge tardó en entender porque no era crespo sino liso, pero ahora solo podía mirar los pies de su hermano entrando a un palacio del que él mismo se alejaba más y más rápido.

— ¿Le sirven? —preguntó la empleada.

León pareció dudar mientras daba pasos cortos de un lado a otro.

— Que si le sirven —apremió su madre.

Jorge vio la cara de su hermano y supo que tendría que hacerlo, en su boca adivinó las palabras antes de que salieran aunque solo fue un sí y no lo dijo hasta que su madre insistió de nuevo. Por temor a perderlos presumió que le servían. A pesar de las ampollas y los dolores que aparecieron ese mismo día de regreso a casa con sus zapatos nuevos, prefirió eso a quedarse sin nada como le tocó a Jorge.

*Cualquier migaja era una trampa para crear la discordia que los separara, que los debilitara lo suficiente para seguir con el banquete de los hijos extraviados en el corazón herido de su padre.*

Le daba miedo lastimarse de nuevo, pero con los recuerdos volvían las ganas de beber. Se acostó a dormir, aprovechando el sueño insatisfecho de la noche anterior, comenzó a fantasear con que un héroe hubiera

podido salvarlo de aquello que no quería recordar.

El alzacuello eclesiástico que rozaba con unos vellos diminutos cuando el diablo se inclinaba sobre él. Creyó haber olvidado su rostro, pero volvió a verlo en un sueño tan cerca que lo despertó sentir el vaho caliente de su respiración en la mejilla y no en la nuca, como el único día que se atrevió a voltear. Nunca más lo miro a la cara solo al pequeño cuadrado blanco que sobresalía entre la sotana negra y el cuello rojizo y a veces sudoroso.

Se despertó con los ojos mojados en lágrimas que sabían a alcohol, el líquido con el que trataba en cada trago de empapar la túnica de aquel hombre para después prenderle fuego, pero con el que solo conseguía un olvido que parecía purificar su ser de cualquier infección transmitida en el asco más puro, en el rechazo más profundo.

*Sus padres, el sol y la luna, dos círculos perfectos que se volvían polvo cuando las nubes atacaban el cielo enmoheciendo la luz, dejando a sus hijos a oscuras en un pozo construido para ellos, por la enfermedad del silencio, de los pecados confesados a oscuras.*

Al otro día regresó a la acera sucia de la carrera Berrío, detrás de la Placita de Florez, debajo del Gualanday. Siempre comenzaba tomando aguardiente, para terminar con Alelí y perderse de nuevo por hasta un mes, después de haber durado, en las mejores rachas, seis meses sin tomar.

Los niños muy niños y algunos adultos lo respetaban. Los primeros por ingenuidad y los segundos por

saberlo un enfermo que solo pegado de las paredes logra mantenerse de pie. Un alcohólico, un “pipero” que solo tiene vicio en la sangre y en el aliento. Un hombre serio que trabaja, lee el periódico los domingos y hace el crucigrama mientras se seca el sudor con una toalla. Los extremos de León y el Ovejo, de cuando estaba “fresco” y cuando estaba borracho.

*León, el último lucero, el más pequeño, el más incontable de las tres mil estrellas de una noche despejada, uno más de los que se perdieron en el infinito, sigue brillando un poco mientras el sol y la luna continúan como las principales esencias luminosas sin que nadie piense o diga en voz alta lo que ocurre en la intimidad cuando una nube negra los cubre.*

Según Margot, siempre fue muy noble; a diferencia de sus hermanos menores, Jorge y Felipe, Los viciosos, que con el tiempo se volvieron agresivos, nunca dio motivos para que Tulio lo hubiera mandado a un internado, como terminó haciendo. Su madre recordaba que comenzó a beber desde el primer día que salió de ese lugar. A veces se preguntaba si su nobleza pudo haber provocado los celos de su papá o si fue su melena abundante y rubia la culpable. En otras ocasiones todo había empezado antes de él nacer.

Ella, aún joven, cuando solo tenía a Clara, cuando aún creía que era posible escapar, pero buscaba fuerza para hacerlo, dejó a su bebé con una vecina y se dirigió a la iglesia de San Ignacio.

Tras los visos dorados del tul que le permitía armar la imagen del sacerdote como un vitral, se concentró en el alzacuello eclesiástico, le daba pena mirar al Padre a la cara. Una voz le ordenó cumplir con su obligación de esposa. Como un insecto cuyos ojos compuestos parecen redes, se atrevió a buscar la mirada de un hombre que solo parecía ver el sacramento del matrimonio; el modo sagrado como un esposo no pide permiso y toma lo que es suyo.

*“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia... lo que ates en la tierra, será atado en los cielos... Yo te daré las llaves del reino de los cielos...” y tal vez, según la misma lógica, las llaves del infierno que usaron dos sacerdotes para robar el alma de una madre y un hijo profanando sus cuerpos.*

En el reclinatorio del confesionario sintió que muchos le debían su existencia a un cura. Solo los primogénitos parecían salvarse por ser los primeros de la cadena que ahora comenzaba a sujetarle las entrañas. León, un eslabón más, encadenado al volátil sueño del alcohol y sentenciado por las miradas que los acusaban de vicioso, de perdido.

*Pecados de una mujer que nunca fue y que fueron todas, confesados a oscuras en recintos construidos en las sombras, aprisionadas en una fe para vivir como cuerpos y morir como almas. Cuerpos comprados con una palabra que las transaba por el derecho a un nombre, a un apellido para sus hijos. Mujeres abusadas por sus propias madres que no sabían otra cosa, por sus hijos al nacer, por los mandamientos, por Dios.*

Sería una gran coincidencia que hubiera sido el mismo sacerdote, no lo fue, pero para el caso ya no importa, todos están muertos y descansan juntos o por lo menos eso intentan. El Ovejo murió de cáncer en la garganta, tal vez la cantidad y la mala calidad del alcohol que consumía le desencadenaron la herencia de su padre que no solo desarrolló un cáncer sino dos y que sin embargo alcanzó a vivir más que él.

Años después de su muerte, Laura, vio una foto de León, con nueve o diez años, irreconocible, se podía ver su alma en su sonrisa de niño, al fondo un río, el río de la vida que continuó sin él. Preguntó por su tío. Su abuela le aclaró que no fue a un reformatorio, como ella creía, sino a un internado de curas. También mencionó que nunca se supo qué le pasó allá.

¿Le hicieron algo malo? ¿Qué pudo haber sido? ¿El cura lo escogió por cándido y blanco, porque parecía un ángel? Aun así, siguió siendo noble, nunca le pegó a la abuela como Los viciosos, nunca se propasó con ellas, solo fueron sus insultos que más parecían los últimos rugidos de un León desdentado, agónico.

Así siguieron las ideas en su cabeza como el punzón agudo del tiempo que después de creerlo olvidado la llevaba a una gruta desconocida. Comenzó a recordar cuando se reía de su tío, cuando lo señalaba con crueldad, imaginó que reconstruía su historia.

*Niños atemporales jugando en el tiempo de la inocencia. Ahí estaba ella con su tío, algo imposible. Jugando con un niño de pelo rubio, tez*

*clara, ojos castaños, un niño noble, como tantas veces le repitieron, que no se metía con nadie, que corría a esconderse cuando Tulio llegaba a golpear a Margot. Un niño que, en las mañanas sin nubes, jugaba con las motas de polvo iluminadas por el sol con los ojos fijos en un misterio incomprensible: el de la trayectoria azarosa de aquellas partículas diminutas que su mano a veces agitaba. Ese era todo su poder; nunca pudo saber qué camino tomaría una sola de ellas. A esa edad ignoraba que su padre marcaría el suyo mandándolo a un internado.*

El desfile de las fotos de su abuela joven, de sus tías, de su mamá, comenzó interesando a Laura por ver las semejanzas y diferencias que pudiera tener ella con esos cuerpos y esas caras casi siempre más delgadas que las de sus recuerdos y de alguna forma más fuertes y dignas. La sonrisa de un niño que aparecía solo frente a un río, la hizo cambiar de interés. Cuando supo de quién se trataba, sin saber por qué, supuso casi con certeza, que era la única foto del Ovejo. Tal vez fue un intento de cerrar la puerta de la última pieza, de la que todavía se esconde detrás de la cocina y la lavadora, no quería sentir más el olor a alcohol, a un dolor del que apenas hacía poco empezaba a ser consciente.

Sobre esa misma mesa donde ahora reinaban las fotos sueltas y algunos álbumes, Laura lo acompañó mientras oía Kalimán. Ese día llegó fresco y se sentó al frente de un radio pequeño. La gracia de la niñez permitió que ella se acercara en silencio y permaneciera con él un rato, de pie, con los brazos apoyados en la mesa y sin preguntar nada, aunque

no entendiera no debía interrumpir a los adultos.

La foto del Ovejo pareció preguntarle por él. Le contestó con una tristeza nueva para ella, ahora que creía comprenderlo mejor. Miró otras de las imágenes que se esparcían sobre la mesa buscándoles un lugar en su memoria, dejando en el cerebro mejores aproximaciones al recuerdo y a la vez reemplazando los más íntimos con imágenes enfrascadas como galeones dentro de botellas que nunca cruzaron el mar.

*Su alma escapó a un lugar muy lejano, a un lugar para él desconocido. Lo hizo un poco antes incluso de que ya no pudiera habitar más en su cuerpo, un cuerpo que no lloraba pero que tampoco vivía. Un fantasma que con un viento fuerte revelaría su verdadera identidad de polvo suspendido en el aire, pero no el polvo traslucido de sus ojos de niño sino un polvo negro, una nube densa que no deja traspasar la luz y solo desea descansar como ceniza, como lo que ahora es cuando por fin ha muerto.*

En la familia de Laura quieren olvidar las historias tristes. Saben que está en el mismo osario de los abuelos, en la iglesia de San José. Todavía tratan de descansar unidos así sea en las cenizas de lo que fue. ¿Odiaba a su padre? ¿Prefirió envenenarse él mismo para no agradecerlo? Muchas preguntas y ninguna respuesta o tal

vez sí, como decía Tulioloco: “Nadie sabe lo de nadie, nadie sabe con la sed que boga el otro”.

Cuando comenzaron a recoger el arrume de imágenes y recuerdos, cuando Laura cada vez se convencía más de que la soledad de su tío en vida se correspondía con la soledad de la única foto que parecía haberle sobrevivido, vio unos niños en blanco y negro a los que no había prestado atención antes y preguntó quiénes eran.

Acababa de encontrar otra foto de León, se equivocó de nuevo con su tío. La imagen parecía más un pueblo que una ciudad. De menos edad que en la anterior, León y Jorge al frente de un gualanday recién sembrado, que según Margot todavía existe detrás de la placita, miran la bicicleta que sostienen entre los dos y que debe ser del muchacho que está con ellos, un gordito, algo mayor. Laura continúa observando las fotos, pero ahora con más detenimiento, no quiere pasar por alto ningún detalle que le pudiera sugerir algo, no quiere equivocarse de nuevo, está dispuesta ahora a sentir el dolor de su familia.

*Una de las estrellas más tenues entre las tres mil que se pueden contar en una noche sin luna, de las diez mil que si fueran granos de arena cabrían en una mano, de las más de cien mil millones de la galaxia, eso era León, algo diminuto y a la vez algo muy grande.*

## El paisaje

Querían arrancar lo antes posible, pero cuando se alejaron de la luz artificial afuera del estadero, sumergidos en la penumbra de la carretera, vieron las luciérnagas que por montones titilaban sobre las oscuras hojas de los árboles. Algunas volaban, y las luces pasaron ante sus ojos. También el cielo azulado por la gran cantidad de estrellas que brillaban nítidas, grandes, acompañando a la luna encima de ellos. Los muchachos se volvieron locos; querían arrancar, pero, ¿cómo, ante el paisaje de aquella noche?

bajo el cerro Quitasol. Susurraban frases como: “¡Estamos muy lejos!” o “¡Hey! ¡No se escucha nada!”, pero sí se oía el estridular de los grillos. Vieron también las casitas solitarias, rudimentarias, rodeadas por grandes rediles verdes donde había vacas dormitando; se preguntaron por la tranquilidad que percibían allí; a pesar de estar cerca, la sintieron lejana.

Al final, bajo la luz de la última lámpara afuera del estadero, en todo el borde de la carretera, se tomaron lo que quedaba de la última botella



*Libreta de Apuntes. Autor: Jorge Cárdenas. Tinta sobre papel, s.f. Colección particular.*

No solo subieron a San Félix para correr el riesgo absurdo y juvenil de la descolgada. Sentados en los amplios pastizales sin lumbre, ahí se emborracharon, compartieron la comida y sintieron el ambiente vivo y natural, el frío de las altas montañas neblinosas. Observaron la ciudad, ausente, iluminada artificialmente

de whisky para emprender el riesgo absurdo y juvenil de la descolgada por la carretera oscura hasta San Cristóbal, donde cogerían al amanecer el bus que los llevaría a casa, a La Quintana. La Yuca, recostado sobre las piernas de Jeni, tranquilo, trataba de escuchar el sonido de la quebrada que se perdía entre los ár-

boles y la hierba crecida; el Poca luz los observaba, tratando de ignorar al Niño y a La Bruja, los hermanos, que mientras escuchaban su rap estadounidense y tomaban de la botella, se burlaban de él.

—Mandate el chorruto, home —le decía el Niño; ambos lo miraban con sus ojos escudriñadores. Él, con la cabeza gacha, respondía siempre:

—No voy a tomar más, ya en esto nos tiramos —y la Bruja le decía:

—Igual se va a caer Poca Luz.

Entonces todos reían; y el Poca Luz veía a Jeni que lo miraba compasiva, pero también reía, cómplice de las burlas.

El Poca Luz en verdad tenía miedo. El más joven de los muchachos que frecuentan La Quintana había salido varias veces del estadero cuando la música sonaba fuerte y los creía distraídos a todos para tratar de escapar; pero cuando estaba solitario en la calle y empezaba a sentir más la neblina fría mirando con sus gafas el enredo entre la oscuridad de la carretera ascendente y los matorrales, pisteano algún último bus que lo bajara de ahí, aparecían en su cabeza pensamientos contradictorios: qué estaba haciendo, que debía hacerlo, que si será que ya no hay buses. Entonces, empezaba a recordar cuando sentado sobre el suelo de ladrillos, bajo el techo entablillado en las profundidades de La Quintana, esperando a que llegaran los demás, juraba para sí mismo que iba a hacerlo, que no se iba a ir sano y salvo, mirando a lo lejos el oscurecido cerro El Picacho. Así pasó la noche, ambivalente y con pena; incluso, cuando todos estaban sentados al borde de la carretera con las patinetas, terminando la última botella, hizo el ademán de

dirigirse hacia los últimos taxis que esperaban a la gente que salía del estadero, pero la Yuca lo vio y le dijo, recostado sobre las piernas de Jeni:

—Nosotros somos de la calle... ¿O no, Poca Luz?

Salieron a las dos de la mañana. Caminaron un momento para pasar los tragos. La Yuca iba adelante; los había visto levantarse con pereza al Niño y a la Bruja por todo el whiskey que habían tomado; caminaban atrás, escuchando su rap. Cerca iba Jeni que le ayudaba al Poca Luz a practicar en la patineta: “¡Muy bien, Poca!, ¡así!” le decía; él se sujetaba de ella. La Yuca lo miraba desconcertado; lo había visto tantas veces descolgar por las cuerdas y calles de La Quintana, no entendía cómo ahora parecía nunca haberse subido a una patineta. Entonces empezó a recordar cuando llegaron a La Quintana y encontraron al muchacho, solitario bajo aquel techo entablillado que dejaba ver las luces del cielo que prometían una linda noche; le hizo jurar que iba a hacerlo: “No se vaya a churretear”, le dijo, y el Poca Luz, distraído por la lejanía del momento, lo aceptaba todo sonriente. Después, la Yuca, sin salir de su ensimismamiento, miró de soslayo los árboles que surgían a lo lejos, en los grandes vacíos a los lados de la carretera. No solo pudo entender la confusión, el enredo, también el miedo que debía sentir el muchacho.

—Bien, Poca Luz —le dijo, y él lo miró con una sonrisa.

Varias veces lo intentaron. “Kggg”, el sonido crujiente de los rodachos sonó intermitente por aquel lugar inescrutable; nunca pudieron evitar detenerse:

—¡Mirá mirá ve ve ve! —aparecie-

ron gritando el Niño y la Bruja, alcanzando a los demás. Estiraban sus brazos largos, como si trataran de alcanzar aquellos astros inmensos.

–¡Mirá esa luna! –dijo Jeni.

–¡Uy! ¡Así no se ve en la ciudad! –dijo el Niño.

–¡Sí! –dijo la Bruja– ¡Y mirá esas estrellotas!

El Poca luz los veía, y observó con ellos el cielo luminoso. “Nunca antes había visto el cielo así”, pensó, pero se esforzaba por no perder de vista su propósito de esa noche.

–¿Sí nos vamos a tirar? –preguntó, pero al parecer ninguno lo escuchó; estaban desinhibidos, entregados al jolgorio. El Poca luz empezaba a sentirse diferente, no podía explicárselo. Al igual que sus amigos, se reía y gritaba sin control, sin vergüenza alguna.

–¡Mirá esas luces! –dijo Jeni.

–¡Bajaron las estrellas del cielo! –dijo el Niño.

–¡Y se mueven! ¡Mirá! –dijo la Bruja.

–¡Ahora están aquí! –dijo Jeni. Todos reían.

–Son luciérnagas –dijo el Poca Luz. Veía las luces amontonadas entre los árboles, esparcidas por el aire, pasando entre ellos. Empezaba en él una sensación de plenitud y bienestar, una alegría que se perpetuaba. Escuchaba con más fuerza, y a un ritmo más acelerado, el alboroto de los grillos. Se hacía consciente de todo lo que lo rodeaba y lo recibía abnegado. “¿Será por el trago?”, se preguntó.

–¡Mirá ese árbol! –dijo el Poca luz, sorprendido. “Resplandece en la

oscuridad de la noche”, pensó.

–Es el yarumo blanco –le dijo Jeni, mirándolo, sonriendo plácidamente. El Poca Luz se encontró viéndola de cerca, con licencia para apreciarla-. ¿Nunca lo habías visto? –agregó ella.

–No nos vamos a tirar, Poca Luz –dijo la Yuca-. Estas cosas no dejan de sorprenderme.

Luego llegaron al Picacho, estaban encima de él. Un zumbido bajo, constante, apareció para interrumpir el silencio de aquel largo camino. “Ya se escucha la ciudad”, decían.

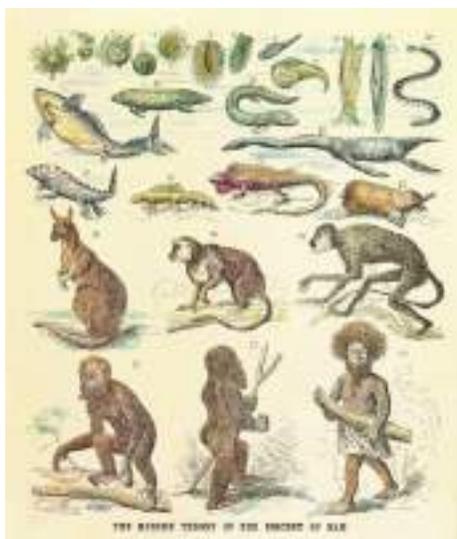
El cansancio se apoderó de sus cuerpos; ahora caminaban lentos, con las patinetas entre los brazos, observando las últimas casitas donde las personas encendían las luces. “La gente levantándose a trabajar y nosotros apenas vamos”, decían.



Libreta de Apuntes. Autor: Jorge Cárdenas.  
Tinta sobre papel, s.f. Colección particular.

## Zoo-lógica

Era un chango excepcional. Recuerdo verlo los fines de semana pegado como una garrapata al cuerpo de una mujer-evocación paseándose por los bares, buscando oportunidades para robar a algún desprevenido que se embelesara con sus trucos.



Teoría moderna de la evolución humana. Ilustración que interpreta la teoría de Darwin sobre el concepto evolutivo de la humanidad. Ernst Haeckel, 1874.

Era un chango excepcional y calculador, amo de sí mismo, que no robaba joyas, ni carteras ni sueldos, sino qué con buen olfato para las necesitadas de afecto, solía sembrar esperanzas en aquellas que luego se veían obligadas a remunerar con creces su también excepcional talento.

Era un chango excepcional, calculador y timador. En ocasiones se dejaba soltar de la mujer-evocación y no era raro verlo brincando de aquí para allá en busca de otras damas que quisieran admirar sus piruetas.

Una noche olió mi soledad, vino hacia mí y empezó a decirme, con maromas y zarandeos, humana retórica y animal coqueteo:

— ¡Sí que eres linda!, mi ángel, mi vida. ¡Yo a vos te quiero!

— Oh ¡qué chango más dulce!—

me dije—, ¡Mira que chango más tierno! — ¡Mira cómo me habla de amor con sorprendentes tarareos!

Y pasaron unos meses y luego unos cuantos años, creyendo míos unos trucos que eran del mundo entero, hasta que un día con sus heces empezó a inundar mi apartamento. Y era tanta la mierda que esparcía el condenado que se me taparon los ojos, los oídos, la boca. Tanta era, tanta, que me acostumbré al hedor, incluso al sabor. Pero un viernes en la noche, en la espera y en el desvelo, salí en busca del chango cagón que seguro andaba repartiendo maromas a cualquier mejor postor.

Llovía y la mierda, antojera de mis ojos, resbaló con la lluvia. Vi cómo la gente hacía mal gesto cuando cruzaba por su lado. Pude ver y entré en un bar para buscar al primate, pero al ver que no estaba me concentré en una noticia, en un extra que pasaban en el televisor:

*Reportera: —Atención, avance informativo. Hoy nos encontramos en Kent, Inglaterra, a los quince días del mes de agosto de 18..., tenemos aquí al señor Charles Darwin que desea hacer una advertencia a la comunidad inglesa.*

*Darwin: —Por supuesto, Lucy. Advierto a mis compatriotas que Mr. John, uno de los monos de mi laboratorio se ha escapado. Pido calma y prudencia porque es un peligro para la humanidad. Si alguien tiene la desgracia de encontrárselo, que lo encierre inmediatamente en una jaula y, por favor, ¡Cuidado con regresarlo a mis sedes de investigación! He perdido todo interés en él y quizá ese haya sido el motivo de su partida. Al comienzo lo estimaba muchísimo porque era muy diestro y tal destreza me revelaba que quizá era uno de los milenarios ancestros del género humano, sin embargo, resultó ser tan excepcionalmente hom-*

*bre y mimético que, en vez de proporcionar indicios de un proceso evolutivo, cayó en una aburrida involución que no alentaba mi espíritu científico y con la cual desmontó toda mi teoría.*

*Por favor, no pierda su tiempo en devolverlo, pues no será recibido. Le sugiero entonces que si lo encuentra lo lleve a un laboratorio de cosméticos donde quién mejor que él, el mono más humano para decir qué color de tinte capilar contrasta más con sus casi humanos ojos, qué pestañina puede hacer más largas sus pestañas en proceso de evolución o qué crema depilatoria actúa mejor en una piel que se hará menos peluda con el tiempo. Es más, si quiere tomar medidas extremas, le propongo que consiga un avión que, dada a la gravedad del caso, el Estado con gusto le prestará y vuela hacia las selvas donde de soldados o de secuestrados se hará anhelado manjar. La idea es que no lo deje libre por ningún motivo, recuerde que de humano se las da y que con humana triquiñuela lo puede engañar.*

Sentí lástima por John, pero más lástima sentí por mí, así que dejé de buscarlo, fui a una tienda de mascotas y compré una jaula, luego un libro y, en ansias de captura, regresé a mi apartamento.

Vací toda la mierda y me bañé para hacerme reconocible. A las dos de la mañana llegó John, diciendo que me veía excepcionalmente bella y que parecía no sé qué actriz hollywoodense.

Yo alabé su nuevo truco, porque eso de compararme con actrices no lo había visto antes y le dije que le tenía un regalo, una prueba para su inteligencia, para que siguiera instruyéndose en eso de la condición humana. El chango, deseoso de alarde, dijo que cualquier cosa haría por su *Winona Ryder*. Entonces le mostré la jaula en la que había puesto el libro y le dije que tenía por prueba de amor meterse en ella bajo llave y que en el libro estaba la clave para salir.

— ¡Oh! —dijo el chango— haré cualquier cosa por mi *Winona Ryder*.

El libro se llamaba Después del chango, de no sé qué fracasado vate, y sí, un fracaso resultó porque después de dos semanas de encierro, el chango empezaba a salir, pero no de zorro sino de hambre. Empecé, entonces, a sentir lástima por John, porque en el fondo soy buena y amo los animales. Así que lo llevé a un circo y lo cambié por el perro Babioca, que después cambié también por un gusano rastrero a un dueño de un comedero de chuzos en el estadio, por haberse querido pasar de listo y de palabrero, como en antaño lo había hecho John.

Hoy asisto cada que puedo a la función de Mr. John en el Circo del rencor y me divierten, me divierten su retórica amorosa, su aspecto y su hedor y la estúpida gorrita que le ha puesto el domador. De Babioca solo sé que luego de ocasionar una tediosa indigestión a los clientes del comedero, sus ojitos de animal herido y su colita de cascabel, excremento se volvieron, nunca más apareció.